

Los peregrinos coronaron la última elevación, que ocultaba a sus ojos la floreciente llanura de Taganana. Desde el valle avanzaron con paso solemne las sacerdotisas, que se colocaron a la cabeza de los peregrinos. Ante ellos se elevaba el Mogajes, y del santuario se desprendía el tenue humo del fuego sempiterno.

Los creyentes hicieron alto al pie del roquedal. Las sacerdotisas subieron al santuario y desaparecieron por la entrada de la cueva. Pronto se escuchó su cántico de alabanza que salía del interior del ingente peñasco. Atentos escuchaban los presentes. Cuando ellas cesaron, los peregrinos elevaron sus preces a Acorán para alcanzar la bendición de sus cosechas y rebaños. El murmullo de sus oraciones iba en aumento, hasta terminar en vocerío. Después se oyeron de nuevo las voces de las magades desde el interior del santuario.

El sol había desaparecido detrás de la cumbre, cuando se oyó el último cántico de las sacerdotisas. En el valle llameaban las hogueras, y las gentes de Taganana preparaban la cena para sus huéspedes, a la que seguirían juegos y danzas.

Sin ser vista se separó Dácil de Guacimara, al oscurecer, subió por el empinado sendero y permaneció, presa de agitación, ante el santuario. En el camino había sacado y besado la cruz. Así sería también protegida por el nuevo Dios.

De pronto y a través del humo llegó a sus oídos una voz tenebrosa:

»Era preferible que hubieses evitado
El camino que desde abajo te conduce aquí,
Y conservar la paz interior
Sin tocar jamás el oscuro futuro.
Pero no en balde interrogas a la sacerdotisa,
Y ya que es tu deseo levantaré el velo,
Y te pondré la verdad al descubierto
Que sobre esta tierra se cierne.
Pronto llegará el enemigo a esta costa,

Y en querella fraternal se desgarrará el país,
Los bravos guanches serán sometidos,
Y tú entregarás tu mano a un extranjero.
Sobre muchas tumbas llorarás lamentándote
De pagar tu felicidad con la muerte de los tuyos;
Con servidumbre, muerte, aniquilamiento y traición.
Tu padre . . .«

No oyó Dácil las últimas palabras. Aterrorizada huyó, descendiendo presurosa el sendero, por el que había ascendido tan llena de esperanzas.

El enemigo

Día de Jueves Santo del año 1493. Un cielo sin nubes se cierne sobre el Real de las Palmas, la capital de Gran Canaria. Ante la capilla, adornada con guirnaldas, se apretuja la multitud en espera de la mayor de todas las procesiones de Semana Santa.

Se oye un sonar de campanas, seguido de un segundo y un tercero. La ancha puerta se abre y llevado por veinte hombres, se bambolea el paso, que representa al Salvador caído bajo el peso de la Cruz, al tiempo que desciende los pocos peldaños de la escalinata. Devotos, se ponen de rodillas los creyentes y rezan, mientras redoblan los tambores.

Inmediatamente detrás del paso, marcha el canónigo Samarinas bajo palio, solemne, la cabeza inclinada sobre el breviario. Le sigue el Alcalde de Agaete, Don Alonso Fernández de Lugo. Orgulloso pasea su mirada por la gente, que saluda con respeto al conquistador de La Palma y favorito de los Reyes Católicos. A su izquierda van los amigos inseparables Gonzalo García de Castillo y Fernando de Trujillo, sus hombres de confianza, y a su derecha el antes príncipe de la Isla

Guanarteme Tenesor Semidán, que se había sometido a la Corona de España, abrazado el cristianismo y recibido en el bautizo el nombre Fernando de Guanarteme, asignado por su padrino real.

Les sigue una larga comitiva integrada por personas ataviadas con amplias vestimentas de tono rojizo púrpura. Son los miembros de la Santa Hermandad. Agudas y rígidas capuchas, de un metro de altura, destacan sobre sus cabezas.

De nuevo se oye el batir de los tambores. Del fondo oscuro de la capilla salen ahora soldados, vestidos como centuriones romanos, así como el Hermano Mayor con estandarte, la Junta Directiva, los representantes de la Ciudad y el párroco, sacerdotes con ornamentos bordados en oro y monaguillos con incensarios.

Sigue después un segundo paso, el de la Virgen de las Angustias. Cuajado de ricos bordados, termina el manto de la Virgen en amplia cola. Los ojos de la imagen brillan, como si estuviesen empañados de lágrimas, y su negra túnica de terciopelo está repleta de piedras preciosas que centellean.

Lenta y solemne avanza la procesión a través de estrechas callejuelas, adornadas con flores. La primera saeta, en honor de la Santísima Virgen, cruza el aire. Una segunda . . . una tercera . . . una cuarta . . . al mismo tiempo, emocionantes, dolorosas.

Se han instalado altares en muchos lugares y se hace un alto ante ellos. Suena una campanilla y los fieles se arrodillan devotamente, mientras el canónigo entona en alta voz una oración en latín. Nuevo redoble de tambores y la procesión sigue su curso, que se prolonga durante horas, recorriendo el barrio de pescadores y el de los pobres. Cuando retorna al centro de la ciudad oscurece ya.

Llega rápida la noche. A la luz de la luna aparecen más apagados todos los colores. Los centenares de hachones y cirios que llevan los fieles con sus luces rojizas, dan un tono

de solemnidad y misterio al desfile. Constantemente se suceden las saetas . . .

Sobre la ancha muralla de la fortaleza de Agaete está don Alonso Fernández de Lugo contemplando el mar. Lejana está Tenerife, cuyo pico nevado sobresale sobre la isla. Una ligera nube de humo asciende del cráter, que una suave brisa arrastra hacia el sudoeste.

Tenerife . . . Desde que fue nombrado Alcaide de Agaete, no le ha dejado dormir esta isla, que él mira a diario en la lejanía. Por sus venas corre la sangre aventurera de los conquistadores. Ya había sometido a La Palma, pero Tenerife era todavía un reto a las armas castellanas. España había terminado con la conquista de Granada, la guerra de siete siglos contra los moros y expulsado a los infieles de la Península. Ya estaba su victorioso ejército en África del Norte. Pronto serían sometidas a ella Francia, Bélgica, los Países Bajos e Italia. ¿No extendía ya su poderoso brazo sobre el Océano?

¿No había estrechado él mismo la mano al grueso y activo genovés con ojos de fanático, que se hacía llamar Colón, hacía pocos meses cuando sus galeones arribaron al puerto de Las Palmas, donde hizo acopio de agua y provisiones, al tiempo que cambiaba el timón roto de «La Pinta» y sustituía la vela latina de «La Niña» por otra redonda? El nombre de Alonso de Lugo estaba hoy en boca de todo el mundo y mucho se hablaría de él. El primer paso para ello estaba dado ya.

Del bolsillo de su jubón de cuero sacó un pergamino cuidadosamente plegado, que siempre llevaba consigo, besó el sello real y lo leyó por centésima vez:

«Nos, Don Fernando y Doña Isabel, por la Gracia de Dios Rey y Reina de Castilla y León, Toledo, Sicilia, Portugal,

Galicia, Sevilla, Córdoba, Murcia, Jaén, Algeciras, Gibraltar, Príncipes de Aragón, Vizcaya y Molina:

Os ordenamos a

Vos Alonso Fernández de Lugo, conquistar las Islas de la Palma y Tenerife, que se encuentran en manos de paganos canarios, y someterlas a Nos en nombre de Dios para honra nuestra.

Por eso es Nuestro deseo y voluntad apoyar a Vos, por lo que de las arcas reales os concedemos setecientos mil maravedíes.

Igualmente nombramos a Vos

Nuestro Capitán General

y os damos en propiedad todo el ganado, tierra y agua, que conforme a Su buen parecer pudiese repartir, así como todos los tributos que con ello consiga.³⁾

Dado en Valladolid el día trece de Julio en el año mil cuatrocientos noventa y dos de nuestro Señor Jesucristo.

Yo, Fernando, el Rey. Yo, Isabel, la Reina.

Yo, Ferrand Aluarez, Rodericus doctor secretarius«

¡Setecientos mil maravedíes! Una sonrisa despreciativa se dibuja en los labios del Capitán General. Nunca habían sido dadivosos los Reyes Católicos. Pero eso le importaba poco. Él poseía dinero y además enajenaría todo lo que le pertenecía: sus tierras en Agaete, sus propiedades en la Península, su casa paterna en Carmona. Seguramente no le faltaría dinero.

Volvió a recordar el extraño encuentro que había tenido en la Catedral de Sevilla. Estaba arrodillado rezando ante el altar de la Virgen de la Esperanza, cuando se le acercó un hombre anciano, venerable, provisto de una larga y ondulante capa, que le habló así: »Hijo mío, no dudes, como yo no he dudado. El Señor está contigo y tu empresa. La llevarás a un final feliz.« Entonces metió la mano debajo del paño del altar, extrajo unos doblones de oro, se los introdujo en el

bolsillo y le dijo: »Cuando éstos hayan sido gastados, seguirás recibiendo otros.«

Luego quiso darle las gracias, pero el viejo había desaparecido. En vano exploró con la vista la espaciosa nave de la iglesia a media luz; en parte alguna descubrió la larga y ondulante capa. Se metió la mano en el bolsillo. No había soñado; los doblones de oro brillaban en su mano. Entonces creyó en un milagro: San Pedro en persona se le había aparecido, le había predicho el éxito de su empresa y como muestra de la bondad divina había sacado el oro del paño del altar.

Sí, Dios estaba contra los infieles del otro lado del mar. Era un piadoso cristiano y confiaba en su ayuda, pero aún más en su gente y en sus armas. ¡No debía hacer falsas apreciaciones y despreciar al enemigo! Los guanches eran valientes, ligeros y fuertes como osos. A esto había que añadir, que Tenerife, rica en barrancos, sin caminos, con espesos bosques y escarpados murallones rocosos, era la mayor y más poblada de las islas del archipiélago. Los monjes, regresados hacía poco de Güímar, le habían proporcionado importante información.

En primer lugar el plano de esta isla triangular, que semejaba un jamón. No debía de ser muy exacto, pero en todo caso servía para formarse idea de su configuración. Como lugar de desembarco sólo cabría elegir la ensenada de Añaza, el lugar más estrecho de la isla y el camino más corto para alcanzar el corazón del enemigo, en el fértil valle de Arautápa-la. Los habitantes de Añaza eran pacíficos pescadores y en el desembarco no le opondrían resistencia alguna. Al penetrar en el interior estaría cubierta su ala izquierda, pues Añaterve, el Príncipe de Güímar, había tratado secretamente con él y le apoyaría. Los menceyes de Abona, Adeje y Daute no contaban, eran ya viejos y por consiguiente, poco decididos.

El adversario más peligroso era seguramente Durimán Bencomo, el soberano de Taoro, de cuyo valor e intrepidez

contaban maravillas los monjes. Su prestigio entre los príncipes era grande y una sólida amistad le ligaba con los meneces de Anaga, Tegueste y Tacoronte. Si consiguiese tener a su lado a Pelicar con los tenaces guerreros de Icod, sólo podría salvarle a él, a Lugo, la Santísima Virgen o su mejor arte de guerrear.

Repasó la lista de sus oficiales. Entre ellos figuraba Gonzalo de Castillo, el incomparable conductor de jinetes que dominaba el lenguaje de los paganos, ya que lo había estudiado con un piadoso monje franciscano, que en Güímar predicaba el cristianismo.

Seguían los valerosos capitanes Diego Muñoz y Fernando de Trujillo, Pedro Vergara con sus ballesteros y Lope Hernández de Guerra, su más fiel amigo, que mandaba las culebrinas y piezas de artillería.

Quedaba además Fernando de Guanarreme, el último rey de la isla, con sus canarios, que conocían mejor que nadie el modo de combatir de los paganos, y que era un guerrero intrépido, cuya fidelidad había comprobado en muchos combates.

Y respecto a sus soldados – gente endurecida en innumerables combates en la Península, aventureros valientes hasta morir, guerreros audaces, con los que había luchado hombro a hombro en la conquista de Gran Canaria y en apenas seis meses sometido la isla de La Palma; en cuanto a sus soldados, sabía que le adoraban y le hubieran seguido a ciegas hasta el infierno, teniendo por lo tanto, plena confianza en ellos.

¿Pero no estaba allá el infierno, esperándolos a todos para tragárselos? ¿Qué sucedería si Añaterve no estuviese de su parte, cuando los guanches acometiesen todos unidos bajo la dirección de Bencomo? Se vería entonces cogido, como ratón en la trampa, en la bahía de Añaza cercada de montañas, sin fácil escapatoria.

Pero pronto desechó estas ideas; sacó su espada toledana de su vaina y lanzó una estocada en el aire hacia la isla, envuelta ya en bruma. ¡Quien reflexiona, en todo ve peligro, pero quien acomete a ciegas, consigue laureles impercederos!

Dios, la Santísima Virgen y la causa justa, le concederían la victoria.

En la cantina «Al Soldado Invicto» había gran jolgorio aquella tarde. Era día de pago y cada uno había recibido además un buen puñado de dinero extra. La causa de ello era que al día siguiente se iría contra los bárbaros, instalados en la isla del Infierno, como llamaba el pueblo a la de Tenerife.

En una larga mesa estaban sentados los «Doce Inseparables» que jugaban a los dados mientras el posadero iba de aquí para allá, llenando continuamente los vasos.

¡Los «Doce Inseparables»! Nadie podía dudar que merecían con justicia este apodo; marchaban juntos, luchaban juntos, saqueaban juntos y se repartían el botín.

Rodrigo de Barrios, el más temerario de ellos, de estatura gigantesca, tiró el cubilete de los dados sobre la mesa y gritó: «¡Para terminar! ¡Dos nuevas rondas de vino a mi cuenta!» Después, arrastró hacia el posadero el montón de maravedís, que había ante él, a la vez que le decía: «¡Lo que sobre, lo gastas en misas cuando nos coja el Diablo, para que no nos tostemos demasiado tiempo en el Purgatorio!»

Diego Fernández, otro oficial, pequeño, redondo como una bola, con ojos de listo y orejas separadas, a quien llamaban «Manzanilla», rió estrepitosamente y dijo: «¡Tienes razón! Hay que hacer algo por la salud del alma y dar a los frailes lo que es de ellos. Nosotros doce deberíamos achicharrar al Diablo en su propio infierno.»

Juan Méndez, del que se contaba que en el ataque a la Alhambra, él solo había arrojado una docena de moros desde